11 (444-17)

Cuadernos Internacionales
Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 6

La Quiebra del Fascismo

POR

PIETRO NENNI

Inversión de los valores humanos
por
GEORGES VALOIS

BIBLIOT. NACIONAL · CH.
SECCION CHILENA

Precio: 60 Centavos

CUADERNOS INTERNACIONALES
Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 6

LA QUIEBRA DEL FASCISMO

POR

PIETRO NENNI

BIBL. NACIONAL · CHILE
SECCION CHILENA

SEPTIEMBRE DE 1931

Editorial "PROBLEMAS"

Los "CUADERNOS INTERNACIONALES" se venden en las Librerías, Escuelas Universitarias, Sindicatos y en diversos puestos de diarios. Aparece los VIERNES.

Suscripciones: 10 cuadernos, $ 5.

Precio: 60 centavos cada ejemplar.

Para referencias, suscripciones, dirigirse a

GREGORIO GUERRA, Casilla 2469, Santiago.

En circulación:

"STALIN Y EL REGIMEN CAPITALISTA",
por GEORGES VALOIS.

"LA QUERELLA DE LAS GENERACIONES",
por PIERRE DOMINIQUE.

"LA RACIONALIZACION MARXISTA",
por SAMMY BERACHA.

"EL SINDICALISMO DE LOS TECNICOS",
por GASTON SAUVEBOIS.

"EL PLAN QUINQUENAL Y LA CRISIS MUNDIAL",
por ROGER FRANCQ.

"LA QUIEBRA DEL FASCISMO",
por PIETRO NENNI.

2.a Edición

Anunciamos a nuestros lectores que próximamente aparecerá la 2.a edición del Cuaderno N.o 1 **"Stalin y el Régimen Capitalista"** actualmente agotado.

SECCION CHILENA · CHILE

LA QUIEBRA DEL FASCISMO

por PIETRO NENNI.

Una leyenda se ha propalado por el mundo. Según ella, el fascismo italiano sería un movimiento destinado a quebrar los cuadros de los viejos partidos, la ganga del parlamentarismo y a crear el Estado moderno. Esta leyenda, nacida del equívoco que el fascismo había creado alrededor de sus orígenes, fines e ideales, se desploma.

Por fin, se evidencia a todos, lo que es en realidad: una restauración del antiguo régimen sobre la base del Estado policial.

Como todo lo que existe, el fascismo tiene su razón de ser; sólo que esta razón no debe buscarse en los movimientos espirituales, políticos y sociales de post-guerra, que ha levantado nuestra generación contra el viejo mundo conservador y reformista; sino en una situación de hecho, especial desde muchos puntos de vista a Italia, donde la creación del Estado moderno, que debió haber sido obra del partido socialista, chocó con la crisis de este partido y una coalición de las fuerzas conservadoras, clericales, militares, la que encontró en el fascismo el instrumento necesario para entravar el movimiento revolucionario de las masas.

En Italia, la formación del Estado unitario había sido, después de 1870, el resultado de un compromiso entre la facción liberal del "risorgimento" y los moderados, vueltos después del golpe de la unidad y francamente hostiles a la libertad. Felizmente para los liberales, el conflicto del Estado con la Iglesia Romana había alejado de la política a la vieja nobleza clerical, los eclesiásticos y las masas de campesinos católicos que, en su fanatismo católico, veían en el nuevo

Estado la encarnación del diablo. Por esta circunstancia, la monarquía se vió forzada, por razón de conservación, a dirigir su política hacia la izquierda y a absorber en sus cuadros el personal político de la izquierda republicana, radical y socialista, por medio de reformas política y sociales que el pueblo había conquistado en otros países en intensas luchas.

De esto resultó un conjunto de instituciones liberales y democráticas, a las cuales faltaba el espíritu animador de la libertad.

Ante el movimiento socialista, la monarquía adoptó la táctica que le había salido bien a la burguesía liberal y republicana, y de 1900 hasta la guerra, trató de contenerlo y corromperlo con reformas sociales y políticas que, algunas veces, sobrepasaban aún las aspiraciones de sus jefes. Pero, simultáneamente, la burguesía conservadora, liberal y aún radical, se aproximaba a las masas católicas. En 1904 tuvo lugar la primera huelga general en Italia. En 1905, el Sumo Pontífice Pío X abroga el **non expedito**, es decir, la interdicción de votar para los católicos. En 1911, el partido socialista adopta una política netamente revolucionaria. En 1912, M. Giolitti, el hombre de Estado llamado liberal, el reformador social, firma con los clericales su pacto de alianza electoral conocido con el nombre de "pacto Gentiloni". En fin, en 1919, cuando la crisis del Estado Principia, las esperanzas de la burguesía se depositaron en el partido popular católico que, apenas constituído, compite ya con los socialistas por lo menos en el terreno electoral.

Hasta la guerra, esta política de concesiones y reformas realizó un equilibrio de hecho, del cual es innegable que el país entero sacó ventajas considerables, tanto en el dominio de la organización de la vida económica como en la organización del Estado.

Pero la guerra, que fué en Italia profundamente impopular y que no llegó a la formación de una unidad sagrada, remeció este equilibrio.

Desde entonces el país se encontró bruscamente ante el problema de la Revolución. Un empuje formidable arrastró al partido socialistas hacia las soluciones de conjunto. En las elecciones de 1919 obtuvo para sí 1.840,593 votos, contra 3 millones y medio de votos repartidos entre cinco o seis parti-

dos burgueses, de la extrema derecha a la extrema izquierda.

En el mismo momento, Mussolini, candidato fascista por primera vez, en Milán, reunía difícilmente 4,000 votos contra 180,000 para Filippo Turati, leader de los socialistas.

En el campo de la iniciativa política, la fuerza de los socialistas sobrepasaba a la del Estado. Durante los **trastornos políticos y sociales** que caracterizaron la post-guerra, en Italia como en todas partes, el solo elemento de autoridad y por consiguiente de orden, fué el partido socialista. Fué hasta tal punto elemento de orden en las sublevaciones populares contra la carestía de la vida, o en el momento de la ocupación de las fábricas como en tantas otras oportunidades, que frenó el movimiento en lugar de conducirlo firmemente hacia la conquista del poder. Sucedió esto por dos causas contrarias que condujeron al mismo resultado práctico: la izquierda del partido estaba fascinada por el bolcheviquismo hasta el punto de perder la noción de las verdaderas relaciones sociales; la derecha, reformista y parlamentaria, negaba la existencia del problema revolucionario.

Cuando se dice en el extranjero—con mucha frecuencia e injusticia—que el fascismo salvó a la Italia del bolcheviquismo, se enuncia una antifrasis. El honor o falta de no haber empujado a fondo el proceso revolucionario iniciado en la guerra, y del cual el fascismo no es sino un episodio, pertenece al movimiento socialista. Según mi parecer, fué una falta.

¿Cuál fué entonces el rol del facismo?

De 1919 hasta fines de 1920, es decir en el curso de los dos años en que el ataque proletario contra el Estado tomó a veces una forma concreta, el fascismo casi no existía. En ese entonces sólo puede constatarse su presencia por la mayor o menor intensidad con que echa eceite a la hoguera. Así, mientras el **"Avanti"**, en el momento de las sublevaciones populares contra la carestía de la vida, se esforzaba en restablecer la calma, el **"Popolo di Italia"**, de Mussolini, excitaba a la población para que asesinara a los hambreadores del pueblo. La ocupación de las usinas fué celebrada por Mussolini como una revolución. Por lo demás, el fascismo no agrupaba en este momento sino algunas centenas de elementos

sin cohesión ideológica. Mussolini era el jefe, pero tampoco sabía lo que quería ni donde deseaba ir.

Mussolini, que había sido en otro tiempo, desde 1911 hasta fines de 1914, leader de los socialistas revolucionarios, fué expulsado del partido socialista en Noviembre de 1914, cuando adoptó brúscamente la tesis de la intervención de Italia en la guerra, después de haber sido el campeón de la neutralidad absoluta. En la misma fecha había fundado en Milán, **con plata francesa,** su diario el **"Popolo di Italia"**, que se intitulaba diario socialista. Sus polémicas con sus antiguos camaradas socialistas fueron de una extrema violencia, durante y después de la guerra, y abrieron un abismo entre los socialistas y los mussolinistas. Estos formaron su primer haz en Milán, en Marzo de 1919. Se proclamaban republicano-sindicalistas, anticlericales. No eran en el fondo sino antisocialistas.

El país percibió apenas su existencia. Pero era fatal que el movimiento socialista, en marcha hacia adelante, perjudicara múltiples intereses. Contra el movimiento socialista iba, pues, a formarse en el país una especie de unión sagrada, yendo de la extrema demócrata a la extrema derecha nacionalista. Sorel ha definido muy bien las relaciones del socialismo con la democracia cuando ha escrito que el "socialismo es a la vez el aliado y el adversario de los antiguos partidos populares, mientras la lucha entre la burguesía y el proletariado no llene toda la vida política y social." En 1919-1920, la lucha entre la burguesía y el proletariado dominaba totalmente la vida política y social de Italia. El partido socialista chocó, pues, muy naturalmente, con una coalición que encontró su jefe político y parlamentario en M. Giolitti. Mussolini fué el animador de ella. Pero si el fascismo hubiera quedado simplemente antisocialista no habría obtenido jamás el gran éxito que obtuvo: 1.º, porque un país no es jamás anticualquiera cosa, sino para alguna cosa: 2.º, porque después de la ocupación de las fábricas, la polémica puramente antisocialista no habría obrado sobre el espíritu de las masas pequeñas burguesas. Una revolución o contrarevolución no tiene probabilidades de éxito sino en la medida en que es o parece nacional. En la crisis de la post-guerra, durante el curso de las graves desilusiones que originaron, sobre

todo en Italia, las negociaciones de Versailles, las clases medias se adhirieron al fascismo porque creyeron ver en él una fuerza nacional puesta al servicio de las reivindicaciones nacionales. Desde entonces la aproximación entre fascistas y nacionalistas se ha operado casi automáticamente.

¿Con qué consecuencias?

Hasta 1921, fascistas y nacionalistas se han disgustado con frecuencia. Mussolini llamaba a los nacionalistas los parásitos del fascismo ("los piojos"); los nacionalistas afectaban, a su vez, un gran desprecio por Mussolini y sus tropas, de orígenes revolucionarios y desprovistos de doctrina. La gran burguesía no dejaba de sentirse inquieta con Mussolini, demasiado francamente convertido a la causa del Orden, con una gran O mayúscula. Cuando firmó, en Agosto de 1921, un pacto de paz con los socialistas, no pudo imponerlo ni a sus tropas ni a su burguesía agraria ni a los nacionalistas, y debió batirse en retirada. Una vez que se produjo la conciliación con los nacionalistas, la desconfianza de la burguesía hacia Mussolini cayó de un golpe. Y ¿qué sucedió? El nacionalismo de origen aristocrático e intelectual no tenía masas. El fascismo se las aportó. El fascismo no tenía programa ni ideas. El nacionalismo le aportó su concepción del Estado autoritario, vasta jerarquía policial en la que, bajo nombres nuevos, resucitaba el Antiguo Régimen.

Desde que está en el poder Mussolini, no ha hecho sino aplicar este programa. El verdadero creador del Estado Fascista no es él, sino su Ministro de Justicia, el nacionalista Rocco.

LA TRAICION DEL SINDICALISMO

Acabamos de ver que en la formación del fascismo, tal como está hoy día, han contribuído dos grupos: uno compuesto en gran parte por socialistas y sindicalistas, que en la crisis mundial de 1914 tomaron posición por la intervención de Italia en la guerra contra los Imperios Centrales; la otra compuesta de nacionalistas.

El primer grupo, con frecuencia se ha escudado con So-

rel. El mismo Mussolini, cuando da sus referencias intelectuales, coloca en primera línea a Georges Sorel.

En efecto, el sorelismo ha tenido una influencia considerable en Italia. Si ha agradado poco a los marxistas de la escuela ortodoxa alemana, ha interesado mucho a todos aquellos que se resistían a ver en el marxismo un puro determinismo y que de la famosa proposición de Marx: "que el hombre hace su historia pero en condiciones determinadas", retenían la primera parte tanto como la segunda.

Yo pertenezco, por mi parte, a la generación que cinco o seis años antes de la guerra ha creído ver en Sorel su maestro. La reconciliación que él operaba entre Marx y Proudhon, la violencia de sus ataques contra los compromisos, el furor con que condenaba el espíritu reformista y parlamentario nos embrujaba. Este bárbaro moderno transportaba la lucha por la emancipación del trabajo del polo del determinismo económico al polo de la libertad obrera. Interpretaba para nosotros el obscuro presentimismo de las luchas del porvenir, para las cuales nos era necesario el orgullo de una ideología, donde el orgullo y el coraje tuviesen su sitio. Yo me recuerdo de ciertas tardes en las prisiones de Bolonia, donde Mussolini y yo estábamos encarcelados en 1912, a consecuencias de la huelga general de Octubre de 1911. Las lecturas de las **Reflexiones sobre la violencia** abrían a nuestros ojos horizontes nuevos. La voz de Mussolini temblaba leyendo esta emocionante proclamación de fe: "en la ruina total de las instituciones y de las costumbres, si queda alguna cosa de potente, de nuevo y de intacto, es el alma del proletariado revolucionario, y eso no será arrastrado a la decadencia general de los valores morales, si los trabajadores tienen bastante energía para interceptar el camino a las corrupciones burguesas, respondiendo a sus avances por la brutalidad más inteligible."

—Ahora, Sorel, ¿habría sido fascista?

—"Yo lo creo"—ha respondido en su ensayo sobre el sorelismo Pierre Lasserre. Pero en el prefacio a la edición alemana de las **Reflexiones,** Eduardo Berth se indigna contra esta hipótesis.—"El fascismo—escribe—es un simple aspecto de las fuerzas burguesas, tiende a exaltar el Estado y a concentrar en él todas las potencias de la nación encarnadas en

rel. El mismo Mussolini, cuando da sus referencias intelectuales, coloca en primera línea a Georges Sorel.

En efecto, el sorelismo ha tenido una influencia considerable en Italia. Si ha agradado poco a los marxistas de la escuela ortodoxa alemana, ha interesado mucho a todos aquellos que se resistían a ver en el marxismo un puro determinismo y que de la famosa proposición de Marx: "que el hombre hace su historia pero en condiciones determinadas", retenían la primera parte tanto como la segunda.

Yo pertenezco, por mi parte, a la generación que cinco o seis años antes de la guerra ha creído ver en Sorel su maestro. La reconciliación que él operaba entre Marx y Proudhon, la violencia de sus ataques contra los compromisos, el furor con que condenaba el espíritu reformista y parlamentario nos embrujaba. Este bárbaro moderno transportaba la lucha por la emancipación del trabajo del polo del determinismo económico al polo de la libertad obrera. Interpretaba para nosotros el obscuro presentimismo de las luchas del porvenir, para las cuales nos era necesario el orgullo de una ideología, donde el orgullo y el coraje tuviesen su sítio. Yo me recuerdo de ciertas tardes en las prisiones de Bolonia, donde Mussolini y yo estábamos encarcelados en 1912, a consecuencias de la huelga general de Octubre de 1911. Las lecturas de las **Reflexiones sobre la violencia** abrían a nuestros ojos horizontes nuevos. La voz de Mussolini temblaba leyendo esta emocionante proclamación de fe: "en la ruina total de las instituciones y de las costumbres, si queda alguna cosa de potente, de nuevo y de intacto, es el alma del proletariado revolucionario, y eso no será arrastrado a la decadencia general de los valores morales, si los trabajadores tienen bastante energía para interceptar el camino a las corrupciones burguesas, respondiendo a sus avances por la brutalidad más inteligible."

—Ahora, Sorel, ¿habría sido fascista?

—"Yo lo creo"—ha respondido en su ensayo sobre el sorelismo Pierre Lasserre. Pero en el prefacio a la edición alemana de las **Reflexiones,** Eduardo Berth se indigna contra esta hipótesis.—"El fascismo—escribe—es un simple aspecto de las fuerzas burguesas, tiende a exaltar el Estado y a concentrar en él todas las potencias de la nación encarnadas en

un dictador; es, pues, absolutamente vano e irrisorio querer transformar a Sorel en padre espiritual del fascismo. La diferencia entre la concepción fascista y la concepción soreliana es, al contrario, radical. La burguesía marcha siempre hacia la autoridad; el liberalismo burgués no es sino una fachada y, como lo decía Marx, el Antiguo Régimen es el pecado oculto del Estado moderno; el fascismo, cuyo fin esencial es restaurar el Estado, no puede ser sino burgués, diga lo que diga o pretenda decir; no es sino un aspecto de la fuerza burguesa, el Antiguo Régimen, reapareciendo en la superficie y haciendo estallar el barniz pseudo-liberal del Estado moderno. El proletariado revolucionario, marcha, al contrario, hacia la libertad; está hambriento de libertad; tiene horror a toda dictadura de forma jacobina''.

Está muy bien dicho.

Sin embargo, no es menos verdadero que cierto número de sorelistas italianos se han adherido al fascismo. Pero su influencia ha sido secundaria frente a la de los nacionalistas.

El movimiento nacionalistas se ha afirmado en Italia paralelamente a las tendencias izquierdistas del socialismo. Estos eran una reacción contra el envilecimiento del reformismo parlamentario. El nacionalismo significa a la vez una reacción de los medios burgueses intelectuales a la política del compromiso (giolitismo) y el nacimiento de la industria pesada y de exportación, la que necesitaba mercado y colonias. La influencia del movimiento nacionalistas fué secundario hasta 1910. En esta época que comprende a la conquista de la Tripolitania, el nacionalismo se constituyó en un partido débil numéricamente, pero potente ideologicamente porque a una burguesía industrial y agraria, ávida, miope, fundamentalmente reaccionaria y que seguía con terror y espanto los progresos del socialismo, ofrecía la fórmula seductora del estado autoritario opuesto al estado parlamentario. Un movimiento tal contaba de antemano con el apoyo del ejército y de las esferas de la alta plutocracia.

En 1920 y 1921, el nacionalismo tenía sobre el fascismo esta ventaja, sabía perfectamente lo que quería, mientras que el facismo tanteaba de izquierda a derecha. Así se explica fácilmente su supremacía intelectual. Los nacionalistas querían la monarquía y Mussolini debió aceptarla; querían la ruptura

con las tendencias, aun las más moderadas del socialismo e impidieron a Mussolini, en el momento de la constitución del primer Ministerio, que diera curso a su proyecto de pedir su colaboración a los socialistas-sindicalistas. En fin, toda la obra de creación del Estado lleva su marca y se inspira en su principio:

—Nada contra el Estado, nada fuera del Estado.

Basta afirmar este principio para matar de golpe todo sindicalismo. A la concepción misma del sindicalismo, los nacionalistas han opuesto la concepción del corporativismo, supervivencia de un lejano social de que se enorgullece el régimen fascista. El sindicalismo levanta una clase contra otras clases sociales y contra el Estado, en nombre de los intereses generales; la corporación levanta una categoría contra otra en nombre de intereses particulares. El sindicalismo crea leyes sociales y políticas, el corporativismo se basa en lazos jurídicos. Por último el sindicalismo tiene por misión ayudar a la formación de la autonomía de las clases para transformarlas de clases en sí, en clases para sí. Su fin es la libertad, su medio es la lucha.

El fascismo suprimiendo la libertad y sometiendo el país a una disciplina de cuartel, ha traicionado y muerto al sindicalismo.

Tengo ante mí, en el momento en que escribo estas líneas, la rendición de cuentas de un congreso sindicalista-fascista que se ha celebrado en Milán. Analizaremos después lo que es un sindicato fascista, cuales son los derechos de los asociados; veremos que se trata de una burocracia de funcionarios gubernamentales que no tienen ninguna conexión con las masas trabajadoras y productoras. ¿Qué valor tienen así estos sindicatos fascistas?

En el congreso provincial de los obreros de la industria, celebrado en Milán el 2 de Julio de 1929, el Secretario Beguetti denuncia la debilidad de las organizaciones obreras frente a la perfecta organización patronal, la falta de entusiasmo de las masas. "No tenemos pactos de trabajo", confeso, y agregó: "hay que convenir que la indignación obrera se justifica plenamente. En cuanto a la moral de las masas la tiene por excelente". Sin embargo, declara: "queda por saber si se trata de disciplina natural o de miedo".

Bottai, Sub-secretario del Ministerio de las Corporaciones hizo la siguiente declaración: "El sindicalismo fascista dará la medida de su fuerza, cuando el obrero pueda llamar libremente gato a un gato".

Reflexión preciosa, que termina con la confesión que hasta aquí los adherentes a los sindicatos fascistas—dos millones y medio según las estadísticas oficiales sobre catorce millones de obreros—no han podido gozar de ninguna libertad. Luego, ¿qué sindicato es ese donde los asociados no pueden llamar gato a un gato, cobarde y malvado al cobarde y malvado y explotador al explotador?

El gran diario burgués y fascista "il Corriere della Sera", escribió a propósito de este Congreso: "Victorioso en el terreno político, el fascismo sabrá vencer también en el terreno social, porque su victoria beneficiará a todos, aún a aquellos que la retardan por su incomprensión e impaciencia."

Esa es también una confesión de impotencia que se hace después de centenas de discursos en los que se ha celebrado los triunfos del sindicalismo fascista.

La verdad es que en este terreno, como en muchos otros, el régimen fascista no ha creado absolutamente nada. Ha destruído las organizaciones sindicales que existían. Para abusar de la credulidad de una parte de las masas ha hablado de sindicalismo y de estado sindical. Ha adoptado en el papel ciertas leyes destinadas a ocultar a los ojos del mundo el vacio de su obra. En efecto, su sindicalismo es un sindicalismo de estado, pero de un estado policial y autoritario, que no reconoce a nadie, ni amigos ni enemigos, el derecho de crítica. En la gerarquía sindical-fascista, como en la militar, todo viene de arriba a abajo y no de abajo hacia arriba.

Mussolini ¿ha tenido alguna vez la ambición de crear un estado sindical?

Muchos extranjeros se han planteado esta pregunta. Nos parece sin importancia. En efecto Mussolini ha seguido en su política la táctica del menor esfuerzo. Entre el esfuerzo para crear un nuevo sistema político y social y el ejercicio del poder por la fuerza y el terror, se ha decidido por la solución más fácil. Por un concurso de circunstancias, se ha encontrado a la cabeza del poder. Se ha dicho que era necesario conservarlo a toda costa. Desde ese momento ha quebrado

las oposiciones que no podía dominar en el terreno de las ideas y hechos, despreciando las contradicciones sociales y políticas de que eran manifestaciones.

El facismo no ha resuelto ninguna de las contradicciones de la sociedad italiana que plantearon en 1919 el problema de la Revolución. Los ha agravado a todos inmovilizándolos por la fuerza.

Así, un simple desplazamiento, de la actual relación de las fuerzas, aunque fuese debido a fuerzas banales, conduciría a la desaparición del régimen, del cual no quedaría ninguna huella. Es decir que no ha creado nada, innovado ni resuelto nada. No se trata de un avance, sino de un retroceso hacia el Antiguo Régimen.

LA POLITICA SINDICAL FASCISTA

Definir la política sindical fascista no es fácil. En este dominio como en la política internacional o social, el fascismo no ha seguido una línea recta. No se ha decidido a menudo sino a su pesar.

En todo caso, pueden considerarse tres fases que ofrecen una cierta unidad de inspiración.

Para el período más agudo de la guerra civil, que va desde principios de 1921 hasta fines de 1922, el fascismo ha pregonado el principio que no debía confundirse el partido socialista con la Confederación General del Trabajo, organización política del proletariado con fines antisociales, con la organización sindical cuyo fin es la defensa del trabajo. En realidad, esta distinción que en el pensamiento de Mussolini estaba destinada a dividir las fuerzas obreras, ha sido estéril. En Italia, el partido socialista y la Confederación del Trabajo estaban ligados por un pacto de alianza, que englobaba también el movimiento cooperativo. Los camisas negras, en su ofensiva, no han respetado más las Bolsas del Trabajo que los organismos del partido. Se conoce la táctica adoptada por los fascistas: consistía en la reunión, en un punto dado,—una ciudad, provincia, departamento—de las formaciones fascistas, militarmente organizadas y perfectamente equipadas. Los contingentes llegaban en camiones, au-

tomóviles, por trenes, a caballo. La zona designada era cercada. El plan de ataque comprendía siempre el incendio y el pillaje de las Casas del Pueblo, de las Bolsas del Trabajo, de las Cooperativas, de las Bibliotecas rojas, la destrucción de las casas particulares de los adversarios más conocidos; la confinación de estos últimos; a veces, su muerte. Se ha destruído así en Italia riquezas por millones. En los centros más importante del movimiento cooperativo, que era el orgullo de los socialistas italianos, en Turín, Milán, Bolonia, en las Romanias, etc., la lucha ha durado años; la resistencia ha sido encarnizada, el coraje y el espíritu de sacrificio de las masas obreras se ha impuesto a la admiración del mundo entero. Ha quedado legendario en esta tormenta un nombre: Molinella.

Es un país agrícola, limpio, coqueto, perfectamente organizado, centro de una de las más importantes cooperativas agrícolas creadas por los socialistas. Hace treinta años, en esa zona, se arrastraban pingajos humanos víctimas de la malaria. Ahí, donde no existía sino muerte y desolación, la organización obrera había hecho surgir a fuerza de trabajo, la prosperidad y la riqueza. La ofensiva fascista contra Molinella duró seis años. Se asesinó a ocho jefes de las Ligas de Campesinos. A estos se les encarceló por cientos. Su jefe, Massarenti, está relegado a la isla de los deportados. Hace justamente cuatro años que el Gobierno fascista, para terminar con una resistencia heroica, exportaba en masa sesenta familias y las dispersaba en el norte o sur de Italia.

Durante el segundo período, que va de la marcha sobre Roma al asesinato de Matteotti, la política sindical fascista estuvo dominada por la busca de un compromiso entre Mussolini y los jefes de la Confederación General del Trabajo. Ya, en el momento de la formación de su primer Gabinete, cuando el jefe fascista solicitaba la colaboración de todos los grupos liberales y democráticos del Parlamento, se insistía en el ofrecimiento de la cartera del Trabajo, a un socialista sindicalista. Este proyecto se abandonó ante la oposición de los nacionalistas; pero en sus discursos parlamentarios y en las conversaciones particulares que tuvo con algunos jefes sindicalistas, Mussolini persiguió su plan y llegó hasta proponer una colaboración técnica que, en principio,

no fué rechazada por De Aragona y un grupo de organizadores que después se han plegado al fascismo en gran parte. En Agosto de 1923, este tema de la colaboración técnica se trató en el Congreso de la Confederación General del Trabajo. El secretario general, De Aragona, dió cuenta al Congreso de su visita a Mussolini. Sobre esta cuestión afirmó que la colaboración no serí en ningún caso política, sino técnica; es decir, bajo forma de participación en los cuerpos consultivos del Estado y en todas las organizaciones donde se discuten los problemas del trabajo y la producción.

La orden del día aprobada por la mayoría—la minoría se oponía a toda idea de colaboración y pedía la dimisión del bureau—se pronunciaba por la libertad de prensa, reunión y palabra, y contenía una afirmación de solidaridad nacional. "La política confederal—se decía en ella—no puede tener ideas preconcebidas y debe apreciar la orientación concreta de la política del Gobierno. El Congreso confirma su deseo de obrar, a pesar de las dificultades del momento, para la defensa de los intereses obreros, con los cuales, en treinta años de lucha, se identifica el proceso de elevación de los medios agrícolas e industriales italianos, demostración efectiva de que los trabajadores no se han separado jamás de la nación, sino que han sido y son los artesanos más generosos y desinteresados de su grandeza."

Esta política, que era de una y otra parte política de engaños, no tuvo ningún resultado práctico. Mussolini la continuó, porque no ignoraba que el sindicalismo fascista era absolutamente inexistente. Hasta 1926, es decir, hasta el momento en que fueron abolidas las comisiones interiores de fábrica, las listas fascistas para estas elecciones fueron literalmente sumergidas bajo una avalancha de votos rojos.

Por otra parte, De Aragona accedía a esta política, obedeciendo por instinto a la táctica del menor esfuerzo y de la menor resistencia, porque esperaba salvar de esa manera su organización.

En efecto, una lógica superior a las bajas intrigas arrastraba las cosas y las instituciones hacia su verdadero destino, que era la lucha abierta. Diez meses después de los discursos y Congresos a que me he referido, el affaire Matteotti, substituyendo de un golpe la atmósfera de intrigas, que envene-

naba la Cámara y el país, por otra de emoción y tempestad, barría el espíritu de compromiso y el puentecito que estaba en vías de tenderse entre el régimen y una parte de la oposición.

La tercera fase de la política fascista se relaciona con el affaire Matteotti. Cuando, en 1925-1926, Mussolini salió materialmente victorioso de la batalla que la oposición había empeñado en 1924, por la muerte de Matteotti, ya estaba definitivamente entregado a la concepción nacionalista del Estado policial. Las organizaciones políticas sindicales, deportivas e intelectuales fueron disueltas.

La primera ley orgánica fascista es del 3 de Abril de 1926. Esta ley estipula que la adhesión a los sindicatos fascistas es voluntaria. Por el contrario, las cotizaciones son obligatorias. Del sindicato obligatorio, los fascistas han impuesto así el aspecto oneroso y negativo de la cotización. Se obliga a pagar, pero no a adherirse. Por otra parte, la ley parece inspirarse en la preocupación de cerrar la puerta de los sindicatos a los indeseables. Los artículos 4 y 7 estipulan que, para adherirse a los sindicatos fascistas, a los únicos que se reconoce la posibilidad jurídica de representar a los obreros, es necesario presentar un certificado de buena conducta política y moral "desde el punto de vista nacional".

Tal como está redactada la ley, deja subsistir por lo menos la duda que la libertad de organización sindical sea entera, si no en derecho, en hecho. El artículo primero afirma aún que para obtener el reconocimiento jurídico de un sindicato basta la adhesión de la décima parte de una categoría. El artículo 12 reconoce de la manera más explícita como organización de hecho los sindicatos no reconocidos legalmente.

En verdad, aun antes de la aplicación de las leyes de de excepción, ninguna organización sindical ha podido vivir fuera de las organizaciones fascistas. Por lo que respecta al reconocimiento jurídico, fué evidente desde el principio—las declaraciones del Ministro Rocco en el Senado así lo manifestaron—que él concernía exclusivamente a los sindicatos fascistas, los únicos, según el Ministro, que conciliarían los derechos de defensa de los intereses que tienen a su cargo, con los deberes hacia la disciplina nacional.

Vigilados de esta manera los sindicatos, ¿son libres de discutir y de elegir a sus jefes? Absolutamente no. Nosotros hemos visto que el mismo Bottai ha reconocido que, hasta aquí, los obreros no han podido, en los sindicatos fascistas, llamar a un "gato", "gato". Por lo que respecta a las elecciones, no las hay. El derecho de nombramiento de los jefes de los sindicatos pertenece a los jefes de las corporaciones, de acuerdo con el Ministro del Interior. Este nombramiento puede revocarse en cualquier momento. Otro aspecto característico de la ley del 3 de Abril de 1926 es la prohibición de huelgas y lock-out, considerados como crímenes. Instituye, en cambio, una magistratura del trabajo, que tiene por función resolver los conflictos sociales.

La propaganda fascista ha enaltecido mucho esta magistratura. Ha hablado como de un documento histórico de la Carta del Trabajo que Mussolini publicó el 21 de Abril de 1927. Esta carta contiene un cierto número de principios reconocidos universalmente. Pero se trata en el verdadero sentido de la palabra de un papel gastado.

En Derecho y en hecho, la situación de los trabajadores italianos es hoy día una de las más lamentables. No solamente porque están pagados a ración de hambre, sino porque aún, como opinan los mismos fascistas, ellos están absolutamente sin defensa frente a un patronaje potentemente organizado.

Un Congreso Sindical Nacional tuvo lugar en Roma el año último. Aunque los delegados fueron políticos designados por el Partido Fascista, debieron constatar que sólo la clase patronal había aprovechado ampliamente de la colaboración de clase. Al Gobierno no agradó mucho este Congreso, si se juzga por el hecho de que algunos meses después procedía a la disolución de la Confederación General de los Sindicatos Fascistas, no dejando subsistir, según las nuevas concepciones, sino las organizaciones de categoría. En efecto, para el Fascismo las clases no son sino una abstracción. No existe para él sino el productor que, como tal, es necesario organizar sobre una base corporativa, con un espíritu, no de clase, sino puramente jurídico. Pero el fascismo, aún al suprimir el sindicalismo, ha debido encontrar otra forma de organización. Además de esto, los jefes del fascismo, salidos

en su mayoría del movimiento socialista, no ignoran que no se hace tabla rasa de un pasado al cual las masas obreras siguen adheridas profundamente, sin dejar por lo menos subsistir la esperanza de que, en el terreno de los intereses, serán defendidos. De ahí la Ley Sindical, la Carta del Trabajo, la organización burocrática del Ministerio de las Corporaciones.

Las masas: ¿están desilusionadas y no creen en estos organismos?

En un memorable discurso que hace tres años pronunció el mismo Mussolini, ha declarado que era preciso abandonar toda ilusión sobre la adhesión al fascismo de las masas obreras en las grandes ciudades industriales. "Es una cuestión de generaciones", agregó. En julio de 1929, en un discurso que pronunció antes del plebiscito, después de haber dibujado la pretendida obra de su régimen en favor de las clases obreras, dijo: "Pero no nos interesa su reconocimiento." ¡La eterna historia de la zorra y las uvas!

Desde un punto de vista general, todos los testigos de la experiencia fascista, en primer lugar los industriales, admiten que la masa obrera es absolutamente pasiva y no es sensible a ninguna ventaja, mientras que su vanguardia se bate valerosamente contra el Rey.

No nos sorprende esto. Las masas no son sensibles sino a las luchas en las que ellas son protagonistas y a las conquistas que por medio de esas luchas obtienen.

Han pasado los tiempos del "iluminismos" del "Príncipe o del tirano bondadoso".

Se ha pretendido que el fracaso del sindicalismo fascista proviene de la crisis económica. Esto no es verdad sino en parte. Proviene sobre todo de la supresión de la libertad, aún si del mismo modo que Napoleón III y Guillermo II, Mussolini hubiera podido compensar con el bienestar la limitación de la libertad, no habría impedido la formación de una hostilidad sorda entre la dictadura y el pueblo. Bajo el Segundo Imperio, en el momento que la riqueza se descentralizaba para ir de París al resto de Francia, todos los informes de los prefectos constataban unánimemente la aversión de las masas hacia la dictadura. El mismo fenómeno se ha constata-

do en Alemania, bajo el Imperio. La legislación social alemana era ya antes de la Guerra la más desenvuelta..

Este bienestar no impidió que las fuerzas de oposición al Imperio aumentaran, y bastó a Napoleón III como a Guillermo II, perder la guerra y debilitar así el aparato burocrático y militar de represión y policía para perder el Imperio.

Que venga una hora en Italia, una de esas horas de encrucijadas, que son para las naciones y los regímenes la prueba de fuego y se verá qué abismos de odios oculta la apariencia de un orden que no es ni aún resignación, sino temor.

Queda por decir una palabra del Parlamento Sindical. En eso también el fracaso fascista ha sido completo. El parto de los montes. El Parlamento fascista no es sindical ni político. Es una fachada detrás de la cual se persigue la experiencia de la dictadura de una nueva oligarquía. Ni por su elección ni por su rol, el Parlamento merece el nombre de Sindical. Es un cuerpo consultivo nombrado por el Gobierno mismo y ratificado por un plebiscito que, convocado bajo el imperio de las leyes de excepción y la alianza clerical fascista, no reviste absolutamente el carácter de una consulta popular.

Este Parlamento no puede, pues, de ninguna manera interesarnos para los fines del análisis que perseguimos sobre el terreno sindical.

PANORAMA DE LA CRISIS ECONOMICA

Queda otra leyenda que recorre el mundo y que es completamente falsa. Según esta leyenda, si el fascismo ha privado a la Italia de libertad, le ha traído el bienestar económico. No hay en eso una palabra de verdad. Desde el advenimiento del fascismo al poder, la Italia se debate en dificultades extremadamente graves. Los obreros reciben salarios a ración de hambre. El número de desocupados alcanza una cifra considerable. La plata es escasa y cara. El mercado de los valores está entrabado..

El régimen presenta, sin embargo, un presupuesto que está en equilibrio.

A pesar de eso, los expertos tienen la opinión bien deter-

minada, que este equilibrio no se obtiene sino con ayuda de una contabilidad adulterada. En todo caso, este equilibrio resulta de una tasación indirecta que revienta al país. Se puede constatar, en las entradas, una disminución muy grande del rendimiento de los impuestos directos y de tasas de cambio, que son el índice más importante de la actividad económica y financiera de la nación.

El fascismo es un régimen muy oneroso. Para mantenerse en el poder, está obligado a armar, fuera del ejército real, una milicia cuyos efectivos son de 300 mil soldados, comandados por 11,000 oficiales. Además, debe mantener una policía secreta que le cuesta muy caro.

El fascismo no ha hecho otra cosa que acumular deudas. Durante los tres primeros años, la deuda interior ha pasado de 84,541 millones de liras el 30 de Junio de 1925 a 98,401 millones de liras el 30 de Junio de 1928.

La situación de las finanzas locales (comunas y provincias) están aún mucho más comprometidas que las del Estado. El antiguo Ministro fascista de Stefani ha declarado que las deudas de los lugares principales de provincias solamente, han subido del primero de Enero de 1925 al primero de Enero de 1928, de 3,060 a 5,481 millones de liras. Pero el aumento de las deudas ha sido aún mucho más grande en las pequeñas comunas, donde las potestades fascistas no se han sometido a ningún control.

Todavía hay que tener presente los empréstitos contratados en el exterior, sobre todo en los Estados Unidos.

Estos empréstitos, ya sean títulos colocados sobre el mercado americano, o bajo la forma de empréstitos privados y autorizados a las municipalidades, ascienden alrededor de 40 millones de dólares.

Por lo que respecta a la balanza comercial, acusa un déficit catastrófico. Las cifras concernientes a la importación y exportación en 1928 (de Enero a Noviembre inclusive) confrontadas con las de 1927, acusan para los once meses un excedente de las importaciones sobre las exportaciones de 6,700 millones, en lugar de 4,394 millones en 1927. El economista Mortara avalúa el déficit de 1928 en más de ocho millardas.

Al mismo tiempo, los gastos de los extranjeros en Italia

han disminuído en 40%; lo mismo sucede con los envíos de dinero de los emigrados.

Por lo que respecta a la tercera entrada, con la que debería contarse para saldar el déficit de la balanza comercial: los fletes de la marina mercante, la disminución es tan seria como para el resto. Varias compañías de navegación han quebrado; otras viven de sus antiguas reservas, otras vegetan.

Se ha hablado mucho del resurgimiento de la agricultura. En efecto, el Gobierno, después de haber hecho una política de industrialización del país, se ha convertido a la "ruralización". Un gran proyecto está en elaboración para mejorar las tierras. Este proyecto es en sí excelente, y había sido ya objeto de una proposición socialista. El fascismo busca primero un fin económico: intensificar el cultivo del trigo, para librar a la Italia de toda compra de este cereal al extranjero. El segundo fin es de naturaleza demográfica. Por el empleo de una abundante mano de obra, que sería la consecuencia de la mejora integral de las tierras, el régimen cuenta no solamente descongestionar las ciudades, sino mantener y aún acelerar el ritmo de la natalidad. Un tercer fin es de orden social. Por la ruralización de la península, piensa dar una base más segura a la vida colectiva. Pero no se trata por el momento (Julio 1929) sino de un proyecto y queda por determinar si el Gobierno encontrará las millardas que son necesarias para su realización.

Mientras tanto, la ruralización no tiene un balance brillante. Después de la batalla del trigo, ha caído del término medio de 246 kilos por habitante del períoo 1923-1927, a 234 kilos en 1928. Las cosechas de papa han bajado de 51 a 36 kilos por habitante. La disminución de los forrajes ha sido muy grande: de 234 millones a 202 millones.

En la industria, el mismo fenómeno. M. Mortara constata que a fines de 1928, el coeficiente de actividad, en las fábricas, era de 97 por 100 en la hilandería y de 92 por 100 en el tejido de seda; de 98 por 100 en la hilandería y de 95 por 100 en el tejido de yuto; de 80 por 100 en la hilandería y de 79 por 100 en el tejido de cáñamo; de 79 por 100 en las fábricas de seda artificial.

La crisis es general. Basta para verla considerar la fluc-

ruación de la cartera del Banco de Italia. Se elevaba a 2,999 millones de liras el 31 de Diciembre de 1925. El 30 de Septiembre de 1928 había descendido a 1,785 millones. Es, pues, una disminución de casi el 50% en tres años. Y después, otro índice infalible: el número de quiebras aumenta sin cesar. Ha habido 11,010 quiebras de Enero a Noviembre de 1928 y 719,668 protestos de letras de cambio.

Además, el nivel de los precios no se ha mejorado y los salarios están muy bajos. Según M. Mortara, el salario horario medio en las industrias, considerado en su conjunto, oscila entre un mínimum de 2,04 (en liras) y un máximum de 2,60. Es decir, que son los salarios más bajos de Europa.

He aquí en algunas palabras y algunas cifras el panorama económico de Italia después de siete años de fascismo.

Se traduce por el empobrecimiento general del país.

La Europa y el mundo, que buscan una nueva forma de organización de las relaciones sociales y de la producción, no tienen nada que esperar de la experiencia fascista.

Esta conclusión es tanto más justa, si se tiene en cuenta que sólo hemos hecho uso de datos estadísticos hasta 1928, es decir, antes de iniciarse los trastornos de la crisis mundial.

NOTAS BIOGRAFICAS

Pedro Nenni.—39 años. Durante la guerra, intervencionista. Viejo amigo de Mussolini, se separa de él desde los comienzos del fascismo italiano. Director del "Avanti", diario socialista, de 1923 a 1926. Emigra después de aprobadas las leyes de excepción. Redactor de "Au Soir". Adversario del liberalismo de antes y de post-guerra.

NUESTRA FINALIDAD

La Editorial **PROBLEMAS,** se propone, con la publicación de los "Cuadernos Internacionales", interesar el país en el estudio de las cuestiones económicas y sociales.

Los "Cuadernos Internacionales" de la Editorial Problemas, darán a conocer las opiniones más autorizadas de los grandes maestros de la Economía Mundial, y sobre temas actuales que tengan relación con los problemas de Chile y del Continente.

Nuestro propósito es difundir las doctrinas económicas de la época, servir una nueva cultura, fundada en las necesidades del trabajo y de la justicia social y ayudar a la formación del Estado Moderno, técnicamente organizado y coordinador de las energías colectivas.

En los "Cuadernos Internacionales" se discutirán libremente las doctrinas sindicalistas, marxistas, socialistas individualistas. Pero la discusión será científica y no partidaria.

Publicará trabajos técnicos basados en la ciencia y no artículos dilettantes, llenos de pasión y de falsa sapiencia.

Valorizar el país, dar una cultura al país, hacer un país, he ahí, en resumen, nuestro triple objetivo.

Los Grandes Maestros de la Economía

Cuadernos Mensuales que darán a conocer las obras originales y completas de los grandes maestros de la Economía -:-:-

Próximamente aparecerá:

"EL CAPITAL" de Karl Mark

Suscríbase a ellos

Nómina de los Autores que publicará la Biblioteca de "Los Grandes Maestros de la Economía"

O'Brien	*Rocker*
Marx	*Valois*
Sorel	*Finck*
Proudhom	*Keynes*
Saint Simon	*Wagner*
Span	*Etc.*

CUADERNOS INTERNACIONALES

Con motivo de los trastornos monetarios y financieros de Alemania e Inglaterra, hemos retenido el trabajo de BARBULL sobre

"EL PLAN HOOVER Y LA CRISIS ALEMANA"

a fin de publicarlo en serie continuada con el interesante estudio del economista BORIS, intitulado:

"LA CRISIS DEL ORO"

INVERSION DE LOS VALORES HUMANOS. — DEL ESTADO MILITAR AL NUEVO ESTADO MODERNO.

Por GEORGES VALOIS.

Este acontecimiento no es de hoy día. Data de 1789 y sigue su curso. Nosotros no conocemos aún sino un aspecto. Todo un siglo ha sufrido, se ha agitado y exaltado ante su significación. Solamente nosotros empezamos a comprenderlo en su integridad.

Es una inversión de los valores humanos.

Los contemporáneos han tenido la embriaguez del acontecimiento. Han comprendido que vivían una de las más grandes horas de la historia; hasta el punto que ellos han querido hacer partir una nueva era desde la fundación de la República. Han sentido, más que comprendido, que una de las más grandes revoluciones se había cumplido al "pleno sol de Messidor". Talvez la revolución misma.

El mundo entero tuvo el mismo sentimiento. Hubo una gran exaltación en Europa y en América. Después, la depresión, la duda, aún el miedo. Y el más gran miedo después de la revolución de Octubre, en Petrogrado, después de esos "diez días que sacudieron al mundo". Una nueva exaltación, una nueva depresión.

Pero, en todas partes, el mismo sentimiento profundo, la misma certidumbre, la misma, que exalta a los unos, y hiela el corazón de los otros, esta certidumbre de que estos acontecimientos son la expresión de una necesidad irresistible, pero aún incomprendidos, no definidos.

Desde algunos años, saliendo de esta especie de enceguecimiento semivoluntario en que hemos estado, en Francia, desde hace 25 años, osamos en fin mirar la realidad. Y he aquí que se nos presenta el sentido prodigioso del acontecimiento de 1789, que sigue desarrollándose hoy día con una fuerza aumentada.

Existe un cambio completo de los principios sobre los cuales están fundadas las sociedades humanas, porque alrededor de 1789, el hombre, en lugar de buscar la energía productiva en la naturaleza animada, viva, ha comenzado a buscar esta energía en la naturaleza inanimada. Y es esto lo que invierte todos los valores humanos admitidos hasta entonces.

EXPLICACION CIENTIFICA DEL ACONTECIMIENTO

Desde sus orígenes, el hombre, mirado como individuo, ha procurado, para evitar sus fatigas, para aumentar su rendimiento, utilizar una energía distinta de la suya propia.

Ha procurado, primero, utilizar la energía que descubría en la naturaleza viva, la energía de sus semejantes y de los animales. No ha podido hacer esto sino por la imposición de la fuerza: contra sus semejantes como contra los animales ha empleado la huasca, las armas para domesticar a los unos y esclavizar a los otros.

De donde deriva, en la vida política, económica y social la preeminencia de los medios militares, la dominación del guerrero, el reino de la fuerza guerrera, la creación del Estado militar, la formación de dos clases distintas, una de amos y la otra de sirvientes. Esto produce en la vida intelectual y moral la formación y la preeminencia de una cultura que exalta los sentimientos, las pasiones, las virtudes propias para mantener a los amos en sus funciones, y a la clase de los servidores en la obediencia, la servidumbre, el respeto a las armas del guerrero y a la huasca del amo.

Pero en el siglo XVIII, siglo en que la ciencia realiza enormes conquistas, la humanidad descubre que ella multiplicará hasta lo infinito sus medios de acción, si, en lugar de

procurarse la energía de la producción en la naturaleza viva, ella va a buscarla en la naturaleza inanimada.

La máquina de Denis Papin contenía la mayor de las revoluciones, y aún la gran revolución humana. Desde el momento en que se comprende que, con un descubrimiento científico, con una invención mecánica, se ganará tanta fuerza, más fuerza, diez veces, cien, mil veces más fuerza que conquistando territorios y hombres con los ejércitos, el mundo cambia de base y el viejo estado militar se transforma en un instrumento bárbaro.

El poder militar no operaba sino traspasos de fuerzas de un Estado a otro. El poder técnico, económico, crea fuerzas nuevas, aumenta los medios de la humanidad entera. A partir de este momento, hay inversión completa de los valores humanos.

Los hombres no comprenden sino muy confusamente el fenómeno que se produce, pero presienten su prodigiosa importancia.

Sus protestas contra la fuerza militar no nacerán más solamente del sentimiento de la razón razonante; sino del interés, de la ciencia, del cálculo. Confusamente, obscuramente; pero ello es así. Largo tiempo aún, ella es mala y falsamente expresada; pero de siglo en siglo, de década en década, de año en año, de semana en semana, en fin, ella camina hacia la perfecta claridad.

La claridad llega. Cada uno está en condiciones de comprender que el Estado técnico debe substituir al Estado militar. Esta es la revolución total. El hombre cesará de explotar a sus semejantes. El hombre cesará de ser esclavo, súbdito. La revolución moral realizada por el cristianismo, renovada por el humanismo, tiene ahora por armadura la revolución técnica.

Primera explosión: 1789. Cuando se derriba el trono, toda la humanidad pensadora saluda la caída del viejo Estado militar, y el nacimiento del nuevo Estado traído por la ciencia.

Durante todo un siglo, las fuerzas nuevas y las antiguas se chocan. Aún, bajo las aparentes restauraciones del Estado militar, el movimiento continúa, se amplifica, se extiende al mundo entero. Los hombres no lo comprenden ni lo expli-

can. El movimiento de las invenciones se acelera. La guerra mundial, ese retorno a las peores locuras humanas determina la aceleración.

Entonces, ante las ruinas inmensas de la guerra, se impone a toda la humanidad la comparación entre el viejo medio de la conquista de las fuerzas humanas y los modernos medios de creación económica. Las pérdidas son irreparables. El vencido no puede compensarlas. La victoria es vana. Finalmente, diez años más tarde se evidencia que, por encima de los cuatro principales beligerantes, la victoria, en Europa, pertenece al Estado que se ha equipado económica y financieramente. En resumen, diez millones de muertos para que la economía americana tome el comando de la economía europea.

El absurdo de la guerra no solamente ha sido demostrado a los sobrevivientes, la han vivido.

Sin embargo, se ha obtenido un gran resultado en Europa. Los viejos Estados militares han caído. Pero, en el malestar general, en la incomprensión del tiempo nuevo, en el terror en que vive la Europa por la aparición de un mundo nuevo, que no comprende todavía, un nuevo Estado militar vuelve a formarse, primero, bajo la máscara del Estado moderno, y aún del Estado sindical. Es el Estado fascista, que no es a fin de cuentas sino la resurrección del Estado militar y policial, encima de los cuadros económicos de las sociedades modernas.

En este caos, el gran acontecimiento que hemos analizado continúa actuando: la necesidad llama a la forma nueva del Estado. Se espera el Estado técnico; Mussolini puede reinar en Roma, pero las sociedades europeas, cuya grandeza está hecha de sus aptitudes técnicas, que no pueden progresar sino por el trabajo, no pueden admitir la preeminencia del soldado y del policial. Su salud, su grandeza exigen la exaltación de las virtudes del creador económico.

La Europa sufrirá mucho por conservar su vieja cultura: su cultura y sus necesidades están en contradicción violenta. Su cultura dominante es la de la edad militar, y no puede vivir sino con la cultura de la edad técnica. En lugar de exaltar los sentimientos, las pasiones, las ideas, los métodos, los actos con los cuales se entrena a los hombres en la guerra

para la victoria sobre sus semejantes, es necesario exaltar los sentimientos, las pasiones, las ideas, los métodos, los actos con los cuales se entrena a los hombres en la paz para la conquista de las inmensas reservas de energía todavía ocultas en la naturaleza inanimada.

La revolución cultural es una necesidad absoluta para la Europa.

DOS TENTATIVAS DE NUEVA CULTURA

Hubo un momento en que pudo creerse que las dos grandes tentativas de nueva cultura y de nuevo Estado estarían simbolizadas por Moscú bolcheviquista y Roma fascista.

La experiencia fascista ha terminado. Es indudable que, en las diferentes tentativas hechas en Europa, no hay nada más que operaciones del tipo del Segundo Imperio francés.

Lo que se impone hoy día, es la oposición entre la Rusia comunista y los Estados Unidos plutocráticos. El Estado moscovita y el Estado americano son ambos del tipo técnico. Opuestos pero semejantes. Para ambos, el pilar del Estado es el Productor. Proletario en Moscú; capitalista en Nueva York, pero como productor. Todos los viajeros, y Luc Durtain a la cabeza, han sido impresionados por los caracteres comunes de la Rusia proletaria y de la América capitalista. Para una y otra, la producción prevalece sobre el resto. Para una y otra, la cultura está ligada directamente a la producción y nó al ejército. Los rasgos culturales son comunes hasta el punto que expresan a la vez en una libertad de costumbre que parece igual y en una arquitectura que hace que las nuevas construcciones rusas sean hermanas de las más recientes construcciones americanas.

OPOSICION DE LA CULTURA PROLETARIA SOVIE-TICA Y DE LA CULTURA AMERICANA

Pero estas dos culturas, tan diferentes de la vieja cultura europea, y que ambas se identifican en que son esencialmente técnicas, económicas, se oponen violentamente por sus métodos y por su objeto:

La cultura soviética tiende a crear en el hombre una verdadera mística de la producción, del trabajo; quiere hacer del proletario, vuelto productor, una célula pensante de un organismo jerarquizado para las necesidades de la producción, y tiende a dar a cada uno el sentido del interés general, de la reintegración inteligente a la colectividad, a la humanidad entera.

La cultura americana tiende a crear en el hombre el frenesí de los resultados de la producción; quiere hacer del trabajador, transformado en una especie de auxiliar de las máquinas, un ser pasivo, entregado a la alta clase capitalista y que acepte una servidumbre mecánica en cambio de un bienestar extraordinario, desconocido en los demás países. Tiende a dar a cada uno, como motor, el gusto áspero del interés personal, del egoísmo más consciente. Encima de este egoísmo desencadenado, pero lanzado en los cuadros de una economía potente, la pesada máquina del capital pensante. Las dos culturas están en oposición en el mundo entero.

Por el momento no hay nueva cultura europea en concurrencia con Moscú y Nueva York. La cultura soviética y la cultura plutocrática nos inundan, nos sumergen. La cultura soviética de 1920 a 1925. Desde 1924, la cultura americana ha progresado enormemente en Europa, aún en Francia. Rica, teniendo a su activo éxitos materiales muy superiores a las empresas moscovitas, dispone de medios inmensos: Conquista el teatro, el cine, la prensa, la radio difusión. Obra efectivamente sobre las costumbres y el pensamiento del continente, mucho más que la cultura soviética.

PRIMERAS MANIFESTACIONES POSITIVAS DE UNA NUEVA CULTURA EUROPEA

Es innegable que la cultura soviética y la cultura americana han penetrado intensamente en Francia y en Europa, en ciertas masas, y poco en los lugares donde vive la inteligencia.

Las masas han absorbido groseros valores moscovitas, mientras que los intelectuales, aún burgueses, daban sus sufragios, su aprobación, a las manifestaciones del arte soviético, en particular a las producciones verdaderamente superiores del cinema ruso.

Otras masas (a veces las mismas), han absorbido el confort americano al mismo tiempo que el rico y absurdo cinema de ultramar, mientras que los intelectuales y los técnicos exteriorizaban toda su admiración por los métodos americanos de trabajo.

En Francia, de una manera general, la inteligencia ha sido poco permeable a la cultura soviética y a la cultura americana.

La inteligencia francesa, considerando que la libertad intelectual es la primera condición, y condición esencial, de la investigación intelectual, científica, de la invención, del descubrimiento, no ha podido admitir, en lo que concierne a Moscú, una cultura sobre la cual pesa una censura; como tampoco admite en lo que se refiere a la América, una cultura por la cual se embrutece sistemáticamente a los empleados y obreros, y cultura sobre la cual se ejerce, despóticamente, la censura de los grupos financieros.

Además, la inteligencia francesa se mantiene en desconconfianza ante dos Estados técnicos, económicos, que, después de haber colocado el militarismo en el rango de los medios de simple policía internacional, tiende a crear completamente un nuevo militarismo, proletario en Moscú, brutalmente plutocrático y envilecedor en América, y que reincorpora a la nueva cultura, por la astucia de la defensa pro-

letaria o de la expansión de la más alta civilización, los valores de la vieja cultura.

La inteligencia francesa—creo que puede decirse: inteligencia europea—plantea en principio que, bajo el control de la plata o de las masas, el desenvolvimiento intelectual se detiene y que se va fatalmente a la caída de la cultura. Es lo que ha hecho rechazar el valor absoluto del aporte americano.

Pero, hasta aquí, la inteligencia occidental había quedado inerte ante las dos culturas nuevas; su protesta era pasiva. O bien, se mantenía en una reacción absurda, por la cual, a la modernización americana o a la bolcheviquización, no oponía sino reconstituciones históricas del viejo París, del viejo Versalles, o de la ciudad de Carcassone y las buenas costumbres antiguas, las tradiciones venerables y la paz de nuestras viejas ciudades provinciales. Esta reacción, que ha esterilizado una parte de la inteligencia occidental, nos ha hecho perder cerca de diez años.

La inteligencia sale hoy día de este sopor, de este sueño en el jardín de las bisabuelas. Esta vez entra segura de sí misma en la trepidante ciudad nueva con la voluntad de dar a la Europa una nueva cultura.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Imprenta "CARNET SOCIAL", Morandé 636-640, Sgo.

EDITORIAL

Problemas

Administración: GREGORIO GUERRA.—Casilla 2469.

Santiago